

LA CARIDAD

PAX VOBIS

Semanario Católico con censura eclesiástica

Cartagena 2 de Junio de 1917

AÑO XIII

No se devuelven los originales

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

Número suelto cinco céntimos

N.º 463

La Santísima Trinidad

«La Trinidad Beatísima, dice un escritor católico, es vuestra profesión de fe y la mía; esa es el misterio, base y fundamento de nuestra religión sacrosanta; admitido, todo el edificio del cristianismo se sostiene y se explica: destruida la afirmación católica de un sólo Dios en tres Personas, imposible es que subsista en pie ni una sola de sus verdades.» «El símbolo de la fe cristiana, su contemplación y adorno» llama al misterio que nos ocupa. San Gregorio Nacianceno (en su sermón 32).

Misterio es éste el más impenetrable e incomprensible de nuestra fe. profundísimo arcano al par que sublime, que ha preocupado la atención y la meditación de multitud de pensadores católicos y ha dado pie para la producción de libros repletos de sabiduría, en especial entre los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que casi agotaron la materia, sin que haya sido óbice esa producción literaria espléndida a que los modernos escritores y teólogos de nuestro campo proigan esa gloriosa tradición.

Es un misterio inescrutable; y así tiene que acaecer, porque versa acerca de la vida íntima de Dios. Y al decir de San Agustín, siempre que pretendamos conocer a Dios tenemos que percatarnos de que no podemos conocer tan augusta majestad. Hay una distancia infinita entre el instrumento de que disponemos a ese efecto, o sea la lucecita menguada de la humana razón y el objeto del conocimiento que es la Infinita Grandeza del Altísimo. Por eso ha podido estamparse en el libro de los Proverbios esta sentencia: «El que pretenda escudriñar la majestad de Dios, será oprimido por la gloria que le rodea». (Prov. XXV-27).

Esta grande verdad de la existencia de un sólo Dios en Trinidad de personas y de esta Trinidad en la unidad de la esencia divina es objeto de la profesión de fe y rendida adoración todos los días, de la Iglesia y de todos los fieles. Las oraciones de aquéllos y de éstos suelen tener como hermoso epílogo la glorificación de la Santísima Trinidad; y las bendiciones, las solemnidades del culto público, la administración de los Sacramentos, son una continua adoración e invocación de la Santísima Trinidad. Es al fin y al ca-

bo, según demuestran los autores, la creencia, confesión y profesión de tan augusto misterio *obligatoria y poderosa* en el sentido impetratorio cual ninguna otra y *gloriosa* para Dios y para el cristiano, que de esa suerte rinde tributo debido a Aquél que lo crió, que lo conserva, que lo redimió y si persevera en esa invocación y en la fidelidad a la gracia divina, será glorificado.

Al empezar nuestras obras sea la primera frase: *En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*; en las tentaciones sea la misma invocación el escudo de defensa porque es Santo y terrible para los enemigos del alma el nombre del Señor (Psalms. CX); y en los ejercicios de devoción también debemos excitar nuestros anhelos de dar gloria a Dios repitiendo aquel himno angélico, que hace las delicias de los Santos en el cielo: *Santo, Santo, Santo, eres, Señor Dios de los Ejércitos...*

Habiendo ya expuesto en otras ocasiones en las columnas de LA CARIDAD la economía del Misterio de la Santísima Trinidad, resta tan sólo recordar que se trata de un Misterio que constituye un dogma fundamental de la fe como ya se insinuó antes; que si es un misterio de fe también es un misterio de bondad y misericordia inabordable para con el hombre; que si la curiosa investigación y la perversa curiosidad es reprobable y lo seguro y propio del creyente en frase de San Bernardo es creer y atenerse a lo que la Madre Iglesia nos enseña, también es cierto que como la misma Madre Iglesia canta: «La esperanza nuestra, nuestra salvación, nuestro honor, tú eres oh bienaventurada Trinidad.»

Por lo demás los símbolos de la Fe católica lo mismo el de los Apóstoles (el del catecismo) el Nuevo-Constantinopolitano, el de San Atanasio y todas las demás profesiones de fe católica proponen de modo clarísimo el Misterio de la Trinidad en la Unidad.

La Sagrada Escritura o sea la palabra de Dios comunicada a los escritores bíblicos y el mismo Hijo de Dios han formulado clarísimamente el Misterio. Id, pues, enseñad a todas las gentes intimó Jesucristo a los Apóstoles, y bautizadlas en el nombre (no en los nombres) del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (San Mateo, capítulo último V. 19) Y San Juan Evangelista (Carta 1.ª c. V. v. 7) enseña *Tres son los que dan testimonio en el cielo. El Padre, el verbo y el Espíritu Santo y éstos son uno sólo.*

X.

Selecta

LUZ DE AMOR

¡Cómo brilla la Custodia
donde va el Señor del cielo!
¡Qué luz la suya tan viva
que al mismo sol deja ciegos!
¡Quién habrá que no te vea
estándote hoy así viendo?
¡Custodia de luz que tienes
al Dios de las luces dentro!
Ojos que dormis, abrios,
que no es justo que estéis ciegos,
pasando la luz divina
por vuestros párpados yertos.
Luz de la Luz increada
que a nuestra luz da reflejos,
Luz de la fe que ilumina
los horizontes inmensos.
¡Cómo brilla la Custodia
donde va el Señor del cielo!
¡Si parece un ascua viva!
¡Si parece que es de fuego!
¡Está la Gloria en su cénit!
Está el Amor en su pecho...

Día de luz en las almas,
de amor y de gloria lleno,
cuando brilla en su Custodia
el gran Sol del Sacramento!

¡Despertad, ojos dormidos,
que no es hora de estar ciegos!

R. SANZ Y DE DIEGO.

En la festividad del Corpus Christi

No vamos hoy a escribir un artículo doctrinal sobre la Sagrada Eucaristía. Nos sería por otra parte fácil con sólo consultar a cualquiera de nuestros tratadistas católicos que abundan mucho. Unas cuantas ideas sueltas y nada más.

Es uno de esos misterios en que el corazón más que la inteligencia ha de dar su fallo.

Podrá aquélla no ver el cómo de las altezas de la obra del Amor Divino, pero el corazón ve el por qué como todos los misterios tienen un lado oscuro y otro brillante, por que la incomprensibilidad es lo divino.

El modo de estar presente Jesucristo con su Cuerpo, Alma y Divinidad en la Hostia consagrada, es incomprensible aun para la misma Iglesia como ella lo proclama; empero, repetimos, con los teólogos católicos: lo incomprensible unido a lo bello y lo fecundo, eso es lo divino. ¿Y cómo no había de ser así, cuando en la misma naturaleza existen para los sabios más encumbrados, miles de misterios? ¿Qué es la materia? ¿Cuáles son sus cualidades esenciales? ¿De qué modificaciones es susceptible? Nadie lo sabe, y eso que se trata de lo más tangible y visible.

El espacio es el factor que decide de la presencia real de un objeto, o de su ausencia; suprimid el espacio, y Dios puede hacerlo, el espacio inmenso entre Jesucristo y nosotros y entonces Jesucristo y nosotros nos hallaríamos colocados, por la simple supresión del espacio, en esa relación que se llama presencia real.

La ciencia con sus incomparables descubrimientos, casi ha llegado por medio del fluido eléctrico aplicado, por ejemplo, a la transmisión de la palabra a esa supresión del espacio. Pues elevad al infinito esa potencialidad y atribuidla a Dios en sus relaciones con la Eucaristía, y ya no os será tan incomprensible la presencia real en Ella de Cristo Nuestro Bien.

Por lo que hace al tiempo, también hallamos ejemplos en las fuerzas de la naturaleza que pueden dar alguna luz; no ya a los creyentes cuyos fundamentos de creer son mucho más sólidos y accesibles, sino aun para los desgraciados que se resisten a dar crédito en sus almas a esta verdad.

En cierta ocasión el que esta escritura leía en una Revista varios trabajos sobre las interioridades del fluido eléctrico y de ciertos cuerpos que lo emiten. Halló tales afinidades entre esos admirables fenómenos y lo que puede traslucirse sobre el modo de la presencia real, que al exponer esas admirables coincidencias, los oyentes de la Conferencia preparatoria para el cumplimiento paschal, que eran adultos y todos ellos *leídos*, quedaron sorprendidos y casi pasmados de la verosimilitud de que el Augusto prisionero de nuestros altares hubiese querido dejar una como huella de sus amorosas trazas en los seres a veces insignificantes, a primera vista. Un dato nada más: El número de partículas en un segundo emitidas por un gramo de radio antiguo es de 360.000.000.000 (trescientos sesenta mil millones) o sea otros tantos proyectiles lanzados con la velocidad de 10.000 kilómetros por segundo. Aplicad ahora el caso a Jesucristo Dios, infinitamente más poderoso en velocidad y potencia y algo *rastrardía*.

Otros alegan la radiación parcial del cuerpo humano, que en nuestro caso sería total integral e incessante o sea el mismo fenómeno elevado al infinito.

No nos detengamos en más fluctuaciones. Dios ha querido la presencia real y la ha creado. La ha querido porque es el amor infinito respecto de sus hijos los hombres; y la ha creado, porque es el poder sin límites.

Dios, que es padre, que tiene hijos en todas partes. Dios que no sólo tiene un corazón para soñar lo imposible, sino un poder ilimitado, para realizarlo, ha debido quedar con nosotros para consolarnos, alimentarnos, curarnos y salvarnos.

B.